

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Después de tantos espectáculos como se suceden en Madrid, tanto teatro, tanto cine; de los bailes nacionales con las danzarinas más sugestivas y graciosas, he aquí que aparece un nuevo brote de coreografía, desde el primer instante ensalzado y puesto en los cuernos de la luna como resumen, cifra y quintaesencia de lo bello artístico.

Me refiero a los bailes rusos que se aplauden en el Teatro Real.

La prensa ha agotado sus calificativos más encomiásticos, y la gente elegante y distinguida se ha abonado, sin reparar en el altísimo precio de las localidades, manifestando un entusiasmo que no suele demostrar por lo que al arte puro se refiere. Ha sido una emoción violenta, un sacudimiento de la médula, una electrificación repentina. La expresión del éxtasis se ha leído en los semblantes.

Cuando ocurre una novedad por este estilo, un acontecimiento tan sensacional, yo tengo por costumbre fiarme de mis ojos y de mi propio juicio, y sentarme tranquilamente, sin prevención en pro ni en contra, a ver de qué se trata.

Así hice con los bailes rusos. La primera noche que asistí, figuraban en el programa *Cleopatra*, *El Espectro de la Rosa*, *El Príncipe Igor* y *Las Sifides*.

Empezando por el principio, diré que no son rusos los bailes. Es decir: no son rusos en el sentido nacional de la palabra. Serán rusos los danzarines: el carácter de lo que dan es muy cosmopolita; no pertenece a ningún pueblo o raza en especial. No sucede con estos bailes lo que ocurrió con la interesante y no muy alabada «capilla rusa» que oímos hace años, creo que en el Teatro de la Zarzuela. Aquella música y aquellos cantos tenían el fuerte y hondo sabor popular que parece impregnar el alma de las muchedumbres, y brotar de ella lo mismo que la fuente de sus escondidos manantiales. En esto que ahora presenciamos nada semejante encuentro. Se ha rebuscado la música aquí y allí, tomando, naturalmente, lo más bello y lo más poético de todas partes. Sólo hay una cosa imposible de conseguir con tal rebusco: la unidad, la fuerza del sentimiento que anima y caracteriza a una obra maestra.

No son, pues, rusos estos bailes. ¿En qué estriba el entusiasmo que despiertan? ¿En el aparato escénico, el decorado, la reconstrucción del ambiente antiguo o exótico? De todo hay un poco en este espectáculo.

**

Ante todo, debo decir que cuanto se ha escrito estos días acerca de la lección de *mise en scène* que han venido a darnos estos bailes rusos es injusto e infundado. El Real, en sus temporadas de ópera, pone en escena, es cierto, con impropiedad ridícula y mezquindad y descuido incalificables, rayanos en falta de respeto al espectador; pero otros teatros de Madrid, y señaladamente la Princesa, con la compañía Guerrero Mendoza, nada tienen que aprender y a veces podrían dar alguna lección a la escenografía tan ponderada de los bailes rusos.

Nótese que estos bailes carecen de maquinaria y transformaciones. En este sentido, el mismo Teatro Real, anticuado y polvoriento, montó un *ballet volant*, el de las Rosas, en la *Damnation de Faust*, de efecto más sorprendente, por la maquinaria, que ningún baile ruso.

El llamado *El Espectro de la Rosa*, por ejemplo, está presentado sin recursos de tramoya. El asunto es que una señorita, después de un baile, se retira a su casa y se deja caer en un sillón, quedándose dormida, al respirar el perfume de una rosa. Duran-

te su sueño, entra un silfo o genio o espectro, como se le quiera llamar (aunque es en efectivo un rollizo bailarín de carne y hueso), y danza alrededor de la durmiente, sugiriéndole, no cabe duda, un ensueño de amor. Ella, hipnotizada, baila inconscientemente, al compás voluptuoso de la *Invitación al vals*, de Wéber. Pero cuando amanece, el genio, después de depositar en la boca de la niña un ósculo, desaparece. ¿Cómo diréis? ¿Esfumándose, desvaneciéndose? No, señor: saltando por la ventana.

¿Es esto montar un bailable con la ilusión que el arte requiere? El tal genio, espectro, silfo o diablillo debiera surgir de una suave niebla y perderse entre otra, con la vaguedad de lo soñado. Así, más parece que entra y sale un ladrón que un genio llamado a impresionar el corazón de una virgen.

Hago estos reparos porque se ha repetido en todos los tonos que la presentación de los bailes rusos era perfecta e insuperable. Si no, dejaría pasar ésta, como tantas otras cosas, a que no puedo asentir.

De tales bailables y poemas, puramente románticos, se han visto docenas desde el año 1830 acá. Los periódicos ilustrados han conservado la imagen de *Las Willis*, *Gisela* o *El Baile Nocturno*, y espectáculos análogos, sin hablar de los bailables de las óperas, como *Roberto el Diablo*, *El Profeta* y otras que ya no brillan por la actualidad y rara vez se cantan. Así, pues, en los bailes rusos, *Las Sifides* (hasta lo de *sifide* está un poco anticuado) no son realmente una novedad que justifique tal expectación ni tal entusiasmo, pocas veces visto.

**

Mayor originalidad encuentro en dos números: *Cleopatra* y *El Príncipe Igor*. Examinemos el valor de esta originalidad.

El Príncipe Igor es o quiere ser un cuadro de costumbres tártaras. Parece desarrollarse el escenario en un campamento tribal, y surge la tribu acampada, vestida no sé si con propiedad, pero de un modo pintoresco y caracterizada lo mismo. El decorado, del cual tantas alabanzas se han hecho, es infantil y parece, en vez de una serie de tiendas, una hilada de pimientos morrones gigantes.

En cuanto al baile, es curioso, desatado. Realmente, lo nuevo del espectáculo consiste en ese desarrollo de energía muscular, esos prodigiosos saltos, esos zapateados rápidos, esos movimientos rabiosos, que tampoco sé si serán verdad en el sentido de que bailen así las tribus mogolas, pero que producen un efecto curioso y extraño, si bien este baile reviste cierto carácter de número de circo.

Y vamos a *Cleopatra*, lo más fuerte del espectáculo.

Hay en *Cleopatra* una reconstrucción bastante estudiada e intensa de una época, de una civilización y de una figura histórica, aunque la Reina de Egipto no debió de asemejarse a esa figura sugestiva que nos presentan, envuelta en velos, vendada como para el sepulcro, y, aun en medio del extravío amoroso, hierática y rígida, como las esfinges de rosado pórfido, cuyas líneas no se alteran. La actriz que encarna a Cleopatra, es de la más pura raza caucásica, y Cleopatra sería una gitana, de obscura tez. Pero, explanadas estas dudas, que no revistirían importancia si no nos hubiesen afirmado que son irreprochables de propiedad los bailes rusos, diré que la serie de cuadros de *Cleopatra* es muy hermosa, y concebida con plasticidad extraordinaria. Salvo el detalle (ignoro en qué jeroglífico se fundará) del juego de ojos del gran Sacerdote, semejante al de las muñecas dormilonas, hay allí color, forma y vida para transportarnos a un Egipto (relativamente moderno; del reinado de Octavio o de César).

Yo pensaba (mientras se desarrollaban las escenas del dramita romántico que forma el asunto de *Cleopatra*) en la transformación de las costumbres, y en las inconsecuencias y contradicciones que en esas mismas costumbres pueden observarse. No aseguraré que el recato haya desaparecido completamente; lo único que diré es que hay en él intermitencias. Cuando Fernando Díaz de Mendoza tuvo que retirar del cartel *El castigo sin venganza*, nuestra *Fedra*, porque el recato se alarmaba, confieso que me indigné, y me pareció el hecho cosa de beocios. Y me pregunto a mí misma: ¿cómo cabe alarmarse ante la admirable tragedia, y no pestañear ante *Cleopatra*?

Siempre me inclino hacia el lado del arte, y lo perdono todo, si el arte sale vencedor. Lo que no tengo son dos medidas, una para lo que viene de fuera, y otra para lo de casa, para lo que aquí ha nacido y aquí se desarrolla.

En el bailable dramático que acabo de presenciar, los actores salen... ¿cómo insinuarlo? más ligeros de

ropa que si fueran a bañarse. Su vestimenta — de algún modo se la ha de llamar — es copia exacta de las que llevan las figuras de los frisos y decoraciones sepulcrales de las Pirámides y templos. A descubierto se muestra la musculosa anatomía, sin *maillots* que la vele.

Y a este carácter sucinto y veraniego de los ropajes, corresponde la viveza de las actitudes. La escena de amor entre la Reina y el arquero, realmente se sale de lo que he visto nunca en la ficción teatral. Yo me acordaba del revuelo que se produjo en el Teatro Real, en cierta ocasión, por un poco de expresión en otra escena análoga, la de Fausto y Helena en *Mefistófeles*. Ahora no se rechista, aun cuando la pantomima sea verdaderamente, más que atrevida, temeraria.

Ante la bacanal de *Cleopatra*, recordé aquella tan inocente de *Sansón y Dalila*, en la cual no se hace sino alzar la copa y cantar «Gloria a Dagón». Los figurantes de *Cleopatra* son muy plásticos, y la bacanal tiene sus ribetes de saturnal. Los «silenos» se desmandan. En fin, no quiero insistir; el arte tiene sus derechos, aunque también los tenga el pudor colectivo.

**

Y es cuanto puedo decir de los bailes rusos, sin duda un espectáculo notable, ya que no tan artístico como un drama de Shakespeare o una ópera de Wágnner; y si hago esta aclaración, es porque aquí todo se exagera, y llegaron a afirmar que no se conoce cima tan elevada, y que el mismo Wágnner no hizo más que señalar la ruta de este espectáculo. A mi ver, ni la poesía ni la música, ni ambas cosas reunidas como en *Parsifal* o *Sigfrido*, pueden soportar que se las ponga en parangón, o por debajo, de estos bailables, que dejan una impresión mixta de cinematógrafo y acrobatismo, y por momentos, de interesante reconstrucción arqueológica.

Ya sé que, en este momento, la gente está embelesada con los bailes rusos. Así como pasábamos por afectados y pedantes los que desde un principio ensalzamos las óperas de Wágnner, pasaríamos ahora por acéfalos insipientes si insistiésemos en que el decorado de los bailes rusos es menos que mediano, la escenografía incompleta, los bailarines del sexo feo algo empalagosos y *vieux jeu* en muchos aspectos, y las obras, no todas admisibles en el Teatro Real, de público tan distinguido y en que tanto abundan las damas. Todos estos defectillos no impiden que haya habido momentos en que parecía una evocación de la historia, tal vez de la imaginada, pero que ya a fuerza de imaginada ha venido a ser semirreal, esa Cleopatra traída a lomos de esclavos, en cerrada litera, envuelta en los elegantes velos de la Diosa Isis, y cuyas posturas y ademanes están también impregnados de misterio cruel y sensual.

**

Todo esto, en el fondo, no es más que literatura... Literatura novelesca, francesa. Todo esto nos llega al través de *La novela de una momia*, de *Salambó* especialmente. El rastro de *Salambó* es bien profundo, bien imborrable. De él salieron infinitas obras en la pintura, en la escultura, en el drama, en la música. *Salomé* también procede de *Salambó*. Los antiguos cultos tenían un carácter de crueldad y maleficio, que se agudizaba en la mujer, sacerdotisa, reina, princesa. Así, *Salambó*, después de sus horribles nupcias con el Pitón, llevará a la muerte más espantosa al desdichado que la ama; y Cleopatra, la verdadera, será causa del trágico fin de Marco Antonio, el que vió en la desatada fuga de las galeras, tras la rota, por el inmenso mar: y la del bailable hará morir de veneno al que un instante logró su caricia; y Salomé hará degollar al justo que no ha querido ceder a su capricho violento y rápido como el rayo; y siempre la misma tesis: la mujer perdiendo al hombre que la adoró; mientras en nuestro culto religioso, la mujer redime, protege, consuela, sonríe y bendice...

No en balde se ha dicho que era el demonio quien inspiraba a esas viejas religiones, aun la egipcia, que no fué de las más sanguinarias; como que hay historiadores que opinan que ignoró los sacrificios humanos; y, en efecto, ni en sus pinturas ni en sus monumentos se ha encontrado rastro del atroz rito, en otros puntos del orbe tan extendido y practicado.

En esto pensaba yo, mientras desfilaban con sus sistros y arpas los músicos de la Reina de Egipto, y ella se extendía, enigmática, yerta, sobre el tapiz y tálamo de sus momentáneos amores con el fornido arquero...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.